

Barcelona, un mes	2'— Ptas.
Provincias	2'50 "
Portugal trimestre	8'50 "
América	8'50 "
Demás países	25'— "

Letras

Cajal, o el arte de envejecer

Desapareció de entre nosotros el más ilustre de los profesores del bien vivir: Santiago Ramón y Cajal. En sus últimos años se dedicó a la enseñanza de la más difícil asignatura de la vida: el arte de ser anciano. Y, a un mismo tiempo, dejó el autor de existir y apareció el texto: «El mundo visto a los ochenta años». Después de este libro, Cajal se disponía a acabar otro, «Solos ante el misterio». Es decir, el libro de su última agonía... Pero este libro quedó en preparación. Tal vez quería que con él nos asomásemos al gran misterio de la vida grande, invisible al microscopio; pero — dolorosamente — «ante el misterio» se ha presentado, como los demás mortales, solo.

Acompañado únicamente de sus obras. También de sus obras literarias y científicas. Con una clara y limpia cuenta de gastos de tiempo y de energía. Ninguna tan clara y limpia como la suya. Recibió cinco talentos y son diez los que devuelve, como el siervo fiel.

A su muerte, ha podido Marañón escribir: «La gran preocupación de Cajal fué crear la España científica; preocupación de raíz paralela a las de Costa, pero infinitamente más eficaz, porque el gran maestro de todos no sólo predicó — ¡y con qué elocuencial! — sino que nos dió el ejemplo del trabajo tenaz y diario, del derroche de las horas por lograr un hallazgo que no valdría al día siguiente ni dinero ni aplausos, sino pura satisfacción de haber visto la cara a la Verdad, grande o pequeña.»

Murió en el aula. Se extinguió durante una lección. Trabajó hasta la hora del gran viaje. «En su última cuartilla — nos han dicho los periódicos — describía los síntomas de la muerte. Los últimos renglones son ininteligibles...» Arrancó al tiempo sus últimos instantes. España y la ciencia no podían exigirle más.

Este último libro de Cajal se divide en cuatro partes. Glosa, en la primera, «las tribulaciones del anciano». En la segunda, «los cambios de ambiente físico y moral». Dedica la tercera a exponer las teorías acerca de la senectud y de la muerte. Y la cuarta a describir los «paliativos y consuelos de la vejez». Curioso libro, tan de estos tiempos, de tema poco o nada cultivado aquí; libro generoso donde se rinde homenaje a cuanto de vivo y aleccionador se ha escrito o traducido en España. El glorioso anciano leía como pudo leer de muy joven: todo cuanto pudo aumentar su talla espiritual un codo. Seguía puntualmente los avances filosóficos, literarios, además de todos aquellos que ya sólo atañían a su especialidad científica. Su prodigiosa capacidad de trabajo pudo hacer escribir a Nietzsche: «Cuando hay muchas cosas que meter en él, el día tiene cien bolsillos». Experto conocedor de su propia máquina de pensar, el infatigable profesor la hizo rendir su última energía.

Un día, hace unos trece años, notó Cajal que su cabeza ardía, «sin que moderasen la sofocación el paseo ni el silencio absoluto...» Alguien le examinó y le dijo: «Amigo mío, ha comenzado la arteriosclerosis cerebral de la senectud. ¡No hay que alarmarse! Estamos al principio y un buen régimen atajará el progreso del mal». Le recetó yoduro de potasio, y le aconsejó mucha cautela al escribir y hablar, le prohibió asistir a «doceales sobrecalentados...» Le prohibió, en suma, hacer vida de hombre cerebral.

Como problemático paliativo — dice Cajal — me brindaban «el tedio de la inacción, la congelación del pensamiento, más horrenda que la misma inexistencia». Yodo y quietud. «¡Bonito porvenir! — añade—. Pero yo, que fui siempre terco y rebelde, decreté para mí capote, aunque sin gran convicción, que gozaba de buena salud. Me autosugestioné una euforia rezumante...» Y decidió trabajar, morir trabajando.

Así, en efecto, ha ocurrido. Y no en trabajos fáciles, de puro juego. Cajal no gozaba escribiendo, sufría: «Cada cuartilla — nos dice — me cuesta tres o cuatro copias, y jamás queda a mi gusto. A ser posible, rehara y refundiría todos mis libros... Siempre encuentro en ellos algo que rectificar, o que añadir». Terco y rebelde, huía de toda petrificación; por eso no quiso dar por acabado nada, menos aún sus libros, por miedo a verlos convertidos en estatuas sin vida, en rígidos monumentos de su gloria universal. Rehacer a diario vida y obra: ¡qué delicia! Yodo y quietud: ¡qué espanto!

Y, al lado de esos ímpetus, ¡qué serena aceptación de su edad! La mejor prueba es su libro «El mundo visto a los ochenta años». Se rodea — para que le ayuden a contemplar y contemplarse — de los viejos amigos: Epicteto, Quintiliano, Sófocles, Plauto, Montaigne, Buffon. «El hombre no muere, se mata» — le dice uno —. «Por culpa nuestra, es breve nuestra vida» — le dice otro —. Cajal se reserva de cuanto puede abiertamente disminuirle; se traza un plan higiénico ad-

mirable; lo sigue ticamente, como buen aragonés y sabio auténtico. Así puede seguir leyendo, meditando, escribiendo. Y con plena claridad de espíritu. En el capítulo de estimulantes, deja escrito:

«No se me oculta que muchos escritores emplean el café, la cerveza y el ron a guisa de estimulantes de la actividad mental. Y algunos caen en el funestísimo vicio de la morfina. Los compadezco. En mí, el trabajo mental jamás exigió el uso de excitantes. Espontáneamente, me disparo. Me basta y me sobra con el estímulo espontáneo de las ideas que ansían aflorar en el campo de la conciencia e imponen a la atención errabunda. A semejanza de muchos viejos grabados, en mí lo difícil no es pensar, sino cesar de pensar. Lo que no obsta para que lo pensado carezca de valor cotizizable en el mercado literario, filosófico, o científico.»

Pero la ausencia de éxitos ruidosos, inmediatos, nunca hizo perder vehemencia al pulso de Cajal. Siguió — tenazmente — su faena. Era tanto como su vida: le era imposible abandonarla. «Prohibiremos al caduco, próximo al término de su carrera, las excursiones por el campo de la literatura, de la historia, del arte o de la erudición enciclopédica? Seríamos crueles. Quien ha consagrado buena parte de su vida a un orden de actividad intelectual siente en su cerebro el callado palpar de regiones postergadas». Son vidas — de artista, de filósofo, de gran poeta — que alguna vez se soñaron vivir, que a la hora final asoman su cabeza preguntando por qué no se vivieron... La agonía final del especialista laborioso,

abierto a todas las actividades del espíritu, debe de ser pavorosa... Cajal lo apunta en su libro:

«Como la psicología moderna ha demostrado, en cada yo hay varios egos en íntima convivencia. A causa de la actividad profesional, sólo uno de ellos ha prevaído; los demás vibran silenciosos y postergados. A despecho de su amodorramiento, pugnan, como dejamos dicho, por dar fe de vida. Para ello aprovechan la fase de agotamiento del yo senil, eje de la personalidad profesional y cotidiana. Y anhelan suplantarle, exteriorizando a plena luz, valga lo que valieren, las reflexiones en aquéllos acumuladas, durante lustros, de lectura y meditación.»

¡Fértil angustia la del glorioso anciano! Una fama universal no pudo calmar sus anhelos de ser hombre en plenitud, de ser todos los yos posibles, de todas las vidas lavadas bajo su vida principal, de inventor, de maestro, de príncipe de la ciencia. El que jamás quiso *representar* nada, lo hubiera querido *ser* todo. El cansancio y el tedio fueron expulsados definitivamente de esta vida ejemplar, ya desde la adolescencia. El cansancio y el tedio — que esterilizan tantos ímpetus de hombres de café y de tertulia — no cuentan para nada entre las enfermedades de Cajal, ni siquiera en esa última enfermedad que nos privó, no de las lecciones del sabio, pero sí de su vivaz y alentadora presencia... Era el primer trabajador de España. ¿No es éste su título más alto?

BENJAMÍN JARNÉS

Crónicas de Inglaterra

Los inventos

Entre la fabulosa cantidad de exposiciones que continuamente tienen lugar en Londres, se ha celebrado, estos días, una singularísima. La de los inventos.

La exposición de los inventos se celebra anualmente a mediados de octubre en el Central Hall de Westminster. Esta es la décima. En ella son presentados al público todos los hijos del ingenio inglés nacidos durante los últimos doce meses. Pero no sólo se manifiesta en la exposición de inventos el retoño del ingenio inglés, sino el carácter del pueblo.

Si a los hombres se les conoce por sus actos, a los pueblos se les conoce por sus inventos.

Inglaterra y Alemania son los dos pueblos más inventores de Europa. Como son los dos más progresivos. Pues en último término, el progreso no es sino el nombre genérico que se les da a los inventos, del mismo modo que se les llama fruta a las peras, las uvas y las naranjas. Pero la coincidencia termina ahí. No hay nada más distinto del invento inglés que el invento alemán, a no ser el progreso alemán del progreso inglés.

Recuerdo haber visto en Berlín, hace ya tiempo, una exposición igual a la que actualmente se celebra en Londres. La mayoría de los inventos consistía en «máquinas de pensar», o más modestamente, «máquinas de adivinar el pensamiento», instrumentos que predecían el porvenir o que resolvían silogismos y operaciones geométricas. Allí podía verse una máquina para hallar la «cuadratura del círculo». Otra demostraba que el cielo no puede existir porque no tiene espacio propio en el Universo. Los inventos que se presentan en la exposición de Londres consisten casi todos en instrumentos que ahorran trabajo, especialmente chirimbolos para hacer cosas sin necesidad de moverse, desde un sillón o desde la cama. El resto del ingenio que a los ingleses les sobra después de haberse arreglado para hacer la mayor cantidad de cosas con el menor esfuerzo posible, lo dedican a la caza de ratones, moscas, etcétera, o a preservarse contra semejantes animales. He visto la caja para guardar el pan que nunca puede quedar abierta, porque consiste en dos cilindros, uno de los cuales cierra cuando el otro abre, la jaula en la que se caen las moscas por un procedimiento que las deja entrar pero no salir, el teléfono «con brazos», en el que no es necesario coger con la mano el auricular, sino que una palanca lo aplica al oído.

El único invento alemán que podía encontrarse en la exposición inglesa es el de mister I. Shamah, que presentaba el piano «productor» de música cromática. Este piano va dando, al propio tiempo que las notas musicales, reflejos luminosos correlativos al ritmo sonoro. Mr. I. Shamah, que es un ingeniero de Londres, me ha dicho que el color ha sido siempre estático, aun en las manos de los más grandes artistas, y que él lo ha hecho dinámico.

Otros inventos curiosos presentados en el Central Hall son el «humanoscopio» del comandante Raymond Holmes que, según su autor asegura, sirve para medir la vitalidad del hombre. Basta con mirar fijamente a un objetivo del aparato y concentrarse, para que una aguja comience a moverse. Sus oscilaciones registran el grado de vitalidad. El

doctor Ernest Williams, de Somerset, ha inventado un instrumento que hace el complicado y grave acto de la trepanación tan fácil como mondar una patata. De un baúl lleno de manzanas que trajo también de Somerset y constituyeron su único alimento durante la exposición, el doctor Williams sacaba una y con ella en la mano les iba explicando a los curiosos el funcionamiento de su aparato para la trepanación.

La preocupación fundamental de este pueblo rico, que vive en la holganza, poseído de paciencia, consiste en eliminar trabajo, *labour-saving*. Si un inglés es capaz de inquietarse por algo, es por la manera de descansar. «Saber descansar es saber vivir», dice un refrán de la Isla. Y en los inventos, donde otros pueblos descargan sus ensueños, sus afanes o su locura, los ingleses invierten, como en una operación financiera, parte de sus esfuerzos, igual que invierten parte de sus dineros en un seguro del porvenir.

Por lo demás, su poder inventivo, como todos los demás, es copiosísimo. Sólo de los aplicables al trabajo culinario han inventado, en los últimos doce meses, cientos y cientos de cosas. Los instrumentos de perfección mecánica, higiénica, eléctrica, etc., que aparecieron, por primera vez, en la exposición de este año, son innumerables. El registro de patentes en Inglaterra ocupa un edificio inmenso y varios cientos de empleados. Cada año se registran más de 30.000 patentes. En Alemania se registran 50.000 y muchas más en los Estados Unidos. España no está consignada en la estadística que tengo delante, pero seguramente deben registrarse muy pocas. Como en la historia de las ideas, en la historia de la invención España contribuye sólo muy rara y muy fundamentalmente. Un español descubrió la aleación de metales, pero no existe un español que haya sido capaz de inventar una cerradura ingeniosa. Otro descubrió el cristal óptico, pero no conozco ningún sistema de lente utilizable inventado por un español.

Algunos de los inventos son tan sencillos que uno se asombra de que no se le hubieran ocurrido a alguien antes. Otros, tan complicados que uno se asombra de que pudieran ocurrírsele a alguien.

Después de que el hombre lleva tantos siglos inventando cosas, debiera ocurrir que cada vez es más difícil inventar una nueva. Ocorre todo lo contrario. Cada invento produce un chorro de ellos, como un golpe del martillo sobre el hierro caliente produce una salva de chispas. El invento que ha originado, a su vez, más inventos es el de la rueda. Nadie sabe quién lo ha hecho. Probablemente ha sido inventada por casualidad, como la mayoría de las grandes cosas.

Edison descubrió la bombilla eléctrica por casualidad y por una casualidad se dedicó al estudio de la electricidad. En cierta ocasión salvó a una niña de que la aplastara un carro. El padre de la niña, que era telegrafista, en señal de agradecimiento le inició en los rudimentos de la física. Una noche estaba sentado en su laboratorio y distraído comenzó a enrollar con los dedos un producto químico que se encontraba sobre la mesa, hasta que lo convirtió en un hilo como un alambre. «A lo mejor esto sirve como filamento para una lámpara eléctrica», se dijo a sí mismo. El científico alemán Röntgen andaba haciendo experimentos con un tubo para ensayar la conducción de electricidad a través de los gases. Por acaso tenía en la mano una mampara con una capa de barium platino-cincoide, y de repente en el tubo se produjo cierta radiación azul. Lo

tapó con un papel, pero la radiación continuaba manifestándose a través del papel. Se había producido en el tubo un rayo peculiar que podía atravesar un cuerpo opaco. Como no sabía lo que era, le llamó «Rayo X». El pulidor de cristales holandés Hans Lippershey se encontraba un día montando unos lentes en su pequeño taller de Middleburg. Por casualidad, el cristal, que ya había colocado en el marco, y el que todavía tenía en la mano, se superpusieron en uno de los momentos de observación, y Lippershey se encontró, lleno de asombro, con que la torre de la iglesia se había acercado a él. Un año después, Galileo adoptaba el descubrimiento para la construcción del telescopio.

Pero la casualidad no es tan ciega y arbitraria como acostumbramos a suponérsela. No puede inventar el carro antes que la rueda. El hombre es hoy capaz de descubrir muchas más cosas que sus antepasados, no porque sus medios intelectuales sean mayores ni mejor su suerte, sino por el propio efecto de las cosas ya descubiertas. Descubrir, en la actualidad, la radio o la aviación no es un invento más difícil que el de la palanca en la época en que ésta fué inventada. Ni la revolución que la radio produjo en el mundo fué mayor, seguramente, que la que produjo el uso de la palanca. Cada época acostumbra a considerarse como aquella en la que los descubrimientos han alcanzado mayor florecimiento. Hasta el siglo XVIII, se creía además que nunca volvería otra época en que tanto se inventara y descubriera como en la que se vivía. Hoy sabemos al menos que en la época que siga a la nuestra se inventará mucho más que ahora. Quién pudiera ver la exposición del invento en el Central Hall dentro de cien años, cuando en Inglaterra todo se haga por sí sólo, como en la fábrica maravillosa del film de René Clair, y los ingleses se encuentren ya sin necesidad de inventar. Con la vida siendo un puro y completo holgar y Londres el más delicioso de los paraísos.

AUGUSTO ASSÍA

Londres, octubre.

Puntos de vista

La Semana Gastronómica

Si la continuidad es una virtud racial de Cataluña, como creemos los que nos sentimos unidos a nuestra tierra por un amor entrañable, es de suponer que la Semana Gastronómica Catalana, que los acontecimientos aconsejaron aplazar, no dejará de celebrarse, en un plazo más o menos breve, pero con la misma pompa con que se proyectaba celebrarla.

Por haber escrito aquí unas palabras referentes a las posibilidades imperialistas de la gastronomía catalana, recibí el premio inesperado de afectuosas cartas, en las cuales se me estimulaba a insistir sobre un tema que no suele ser tratado por nuestros escritores, a pesar de la tradición literaria que, desde los clásicos griegos y latinos, abona su estirpe al través de todas las literaturas. Entre esas cartas que digo, las hay de obreros y de patronos del arte culinario y también de unos clientes de un viejo restaurante ramblero que tiene fama de dar bien de comer. Ni que decir tiene que esos estímulos se agradecen en lo mucho que valen, aunque, en este caso, no eran necesarios por estar uno convencido de lo que representa para un pueblo el tener una buena cocina que le permita hablar, con Homero, del «talento de comer y beber».

Quédense para los pueblos bárbaros las bazofias y los ranchos destinados a llenar la tripa. Los pueblos civilizados cuentan, ante todo, con la intervención previa del paladar susceptible de refinarse, lo mismo que los oídos para apreciar la buena música o los ojos para deleitarse en la contemplación de las obras de arte. Ya dije oportunamente que Cataluña sabe comer y sabe beber. Y esta sabiduría no es exclusiva de determinadas clases sociales. En los hogares más modestos, el ama de casa más humilde se sentiría avergonzada si no supiera hacer, aunque sea con bacalao, un sabroso arroz. El porrón completa el ritmo interior de ese orden tradicional y de esas buenas maneras nativas con su chorro discreto y moderado; con su limpieza, además, que aleja la posibilidad de que labios diversos se abrevien en un mismo vaso o en la botella. La calabaza del labrador, con su pitorro de caña, nos demuestra como nuestro pueblo tiene bien arraigadas costumbres de higiene elemental.

A un pueblo así se le puede ofrecer, con indiscutibles probabilidades de éxito, un concurso gastronómico. Sus organizadores no perderán el tiempo. Ante la ciencia culinaria, los catalanes son bachilleres aprovechados capaces de hacer un buen papel en la Universidad. Así está bien el propósito de los profesionales de la gastronomía dispuestos a abrir al público, durante la Semana

(Continúa en la página siguiente)